

#### 4ª semana de Pascua. Martes: Jn 10,22-30

Jesús había tenido una enseñanza polémica con los judíos sobre la alegoría del “buen pastor”. Jesús les dice que él es el buen pastor que, a diferencia con los mercenarios que buscan su propio interés, él está dispuesto a dar su vida por nosotros. Les decía también que nosotros debemos conocer su voz y debemos seguirle. Estas palabras suscitaban un desacuerdo entre los judíos. Unos no estaban dispuestos a escuchar su voz, roídos como estaban por el odio y la envidia. Otros sí estaban dispuestos a escucharle debido a las obras que realizaba.

Hoy el evangelio nos recuerda que era la fiesta de la Dedicación en invierno. Los judíos celebraban el hecho de que Judas Macabeo en el año 165 a.C. había purificado el templo quitando las imágenes idolátricas que habían puesto los conquistadores extranjeros. La gente solía estar en los pórticos del templo, que estaban sostenidos por grandes columnas de mármol, y donde, protegidos de la lluvia y del sol, enseñaban o recibían enseñanzas o tenían sus discusiones.

Aunque había sido purificado el templo, había una creencia de que viniendo el Mesías esperado, lo purificaría más dignamente. Por eso en la fiesta estaba presente la idea del Mesías. Y por eso los judíos le rodean a Jesús para que les diga abiertamente si Él es el Mesías. Jesús no lo puede decir abiertamente porque aquellos judíos no están dispuestos a aceptar sus palabras, ya que las interpretarían de modo diverso. Si han preguntado si es el Mesías, es porque están pensando en un mesías patriótico, es decir sólo para ellos, excluyendo a todos los extranjeros y mucho más a los enemigos. Por lo tanto Jesús no se atiene a razonamientos que ellos no van a aceptar, sino a los hechos de vida. Les dice Jesús que examinen las obras que hace: éstas son las que dan testimonio a favor suyo. Es casi lo mismo que lo que había respondido cuando san Juan Bautista había enviado a unos discípulos a preguntarle si era “el esperado”. Jesús se atuvo a las obras de bien, como lo habían anunciado los profetas.

En realidad nos cuesta a veces aceptar lo que dice la palabra de Dios por medio de la Iglesia, porque llevamos nuestro juicio ya formado y pensamos que sabemos demasiado, cuando en verdad Dios lo que quiere son corazones sencillos y libres de prejuicios humanos y sobre todo libres de vicios que nos atan al mundo.

Jesús hacía verdaderos milagros, que eran testimonio de sus palabras. Los milagros no se terminaron con Jesús ni con la primitiva cristiandad. Continuamente hay verdaderos milagros en la Iglesia y a veces no lo tenemos en cuenta. Constantemente el Papa declara a ciertas personas beatos o santos. Para ello debe constar al menos un milagro que esté científicamente probado como algo que supera las fuerzas naturales. Luego está el testimonio de tantos que siguen la vida de Jesucristo.

Las palabras siguientes de Jesús son un cántico a su misericordia. El nos conoce y esto nos tiene que llenar el corazón de alegría y de paz. El da su vida por nosotros y nadie nos podrá arrebatar de su lado. Su misericordia es infinita, porque El es la misma misericordia de Dios Padre.

Termina hoy con la proclamación más clara de su divinidad: "El Padre y Yo somos una misma cosa". Es la manifestación de la unidad más perfecta entre el Padre y el Hijo dentro de la Santísima Trinidad. Por eso cuanto más conozcamos y amemos a Jesús, estamos conociendo y amando más a Dios Padre.

Hacia esa unidad tendemos como un ideal. Es la invitación a vivir como familia de Dios. Dios no es un ser lejano, sino cercano que vive en nosotros, y la felicidad está en saber vivir en intimidad con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios no niega a nadie su gracia, porque no quiere que nadie se pierda, pero nos deja en libertad. Unos le siguen y otros no. Sólo los humildes, los que ponen su corazón en las manos de Dios, están capacitados para recibir el don de Dios.

#### 4ª semana de Pascua. Miércoles: Jn 12, 44-50

San Juan en su evangelio, más que hacer una historia, está realizando una catequesis, de modo que a través de la vida y las palabras de Jesús va exponiendo lo que debemos creer para poder tener la vida eterna. Y, aunque ya lo había dicho antes de varias maneras, excogiendo palabras de Jesús o sus propias meditaciones, ahora, antes de comenzar la Pasión de Jesús, vuelve a decir algo de lo más importante. Y lo considera tan importante que presenta a Jesús levantando la voz, clamando. Es casi como un grito, para que pongamos atención y no se nos olvide.

Y lo que Jesús quiere decir tan importante es que quien cree en El está creyendo en el Padre-Dios, porque forman una perfecta unidad. Ya desde el principio del evangelio San Juan va exponiendo que Jesús es el verdadero Hijo de Dios. Luego aclarará que es igual que el Padre. Por lo tanto escuchar la palabra de Jesús es escuchar a Dios. De aquí la importancia de conocer lo mejor posible los mensajes de Jesús, de conocerle a El en su manera de ser para que le imitemos y nos unamos lo más posible con El por nuestra manera de ser y actuar. Uniéndonos con El (esto es lo que significa creer) estamos uniéndonos más íntimamente con Dios. Esto será nuestra felicidad eterna.

San Juan, desde el principio de su evangelio, habla del contraste que hay entre la luz y las tinieblas. En este mundo hay luces que no dan luz, sino oscuridad para el alma, como son las tendencias carnales o mundanas. Jesucristo es la verdadera luz que nos guía por el buen camino. Es como si uno tiene que seguir un camino en una noche totalmente oscura. Necesita una luz. O un barco en una noche cerrada necesita el faro para llegar al puerto. Nuestra luz o faro es Jesús, son sus palabras que nos guían, si las cumplimos. No es todo tan sencillo, porque hay otras luces falsas, como el egoísmo y tantos vicios, que nos quieren deslumbrar para seguir caminos equivocados.

Se dice de los santos que son como las vidrieras de una catedral, que dejan pasar la luz. Nosotros no somos la luz, sino que debemos reflejar la luz de Cristo por medio de los hechos de nuestra vida, de modo que hagamos que otros puedan experimentar la intimidad de la relación de amistad con Dios, nuestro Señor y Padre.

Esto es ser misionero: hacer reflejar la luz de Cristo. Hoy en la 1ª lectura, en el principio del cap. 13 de los Hechos de los Apóstoles, se nos dice cómo en la iglesia de Antioquía había varios profetas y doctores. Profetas eran y son los que mejor ven la voluntad de Dios en los acontecimientos de cada día, lo que se llama los signos de los tiempos. Doctores eran y son los que saben mejor interpretar, a la luz del Espíritu Santo, lo que nos dice Dios en las Sagradas Escrituras. Para ello se necesita mucho estudio y sobre todo una luz especial que Dios da a los que buscan seguir Su voluntad. Dice la lectura 1ª que de aquellos que allí nombra fueron escogidos por el Espíritu Santo Saulo y Bernabé, porque eran los más dóciles a la gracia de Dios.

Si los santos son faros, porque reflejan la luz del principal faro, que es Jesús, de una manera eminente la Virgen María será también faro en nuestro caminar en esta vida, por lo unida que estaba con Jesús. Quien se une con Jesús, se une con el Padre. Jesús en cierto sentido cambia el nombre de Dios. Nunca le nombra como le nombraban los israelitas, ya que su nombre era signo de distanciamiento y un nombre sin sentimientos. Jesús nos enseñó a llamar a Dios como Padre, ya que sugiere amor y ternura. Pero como Jesús es la manifestación del Padre, con su manera de actuar nos enseñó especialmente los sentimientos misericordiosos de Dios Padre, que está junto a nosotros, que nos perdona y que se alegra con nosotros. Jesús nos dice que no ha venido para juzgar, sino para salvarnos. Nosotros somos los que nos juzgaremos un día de una manera terrible si perseveramos en las tinieblas y no buscamos la luz, que es Jesús resucitado. Pidamos a María, estrella en este mar del mundo, que con su maternal ayuda nos guíe hacia la luz que nunca se terminará.

4ª semana de Pascua. Jueves: Jn 13, 16-20

Desde este día hasta que acabe el tiempo pascual la Iglesia nos trae a nuestra consideración palabras de Jesús en la Última Cena, según el evangelio de san Juan. Hoy comienza con las consideraciones que hace Jesús después que les ha dado a los apóstoles un gran ejemplo de servicio y amor en el "lavatorio de los pies".

El problema que se suscita en ese momento, y que constantemente se puede suscitar entre nosotros, es si hay ciertos trabajos indignos para algunas "dignidades" humanas. En aquel momento los apóstoles, con Pedro a la cabeza, creen que no es compatible el oficio de lavar los pies, que piensan ser propio de los esclavos, con la dignidad personal de Jesús. Para ellos Jesús no sólo es el compañero líder en el

grupo, sino que, como El mismo les recuerda, es “el Maestro y Señor”. Entonces ¿Cómo es que está realizando el oficio de esclavo? Esta ha sido y sigue siendo una gran tentación: el creer que por tener una persona cierta dignidad humana no puede “rebajarse” a realizar alguna obra, suponiendo que sea una obra de caridad. También se dan formas externas de humillarse que son farisaicas o falsas.

Si Jesús se llama a sí mismo Maestro y Señor es porque en ese momento quiere dar a los apóstoles, y a nosotros, una gran lección. Y es que el realizar libremente un acto de servicio por amor no rebaja sino que ennoblece. De hecho nadie es mayor en la vida, la verdadera, por el hecho de que uno sea criado o sea señor. Jesús nos impulsa a seguirle, a imitarle. No se trata sólo de que nos guste o sea bonita la escena de Jesús. El seguirle con los hechos de la vida es un deber, una obligación.

También es una alegría. Hoy nos dice Jesús: “Seréis dichosos si lo ponéis en práctica”. Si no lo creemos es porque en realidad no lo hemos puesto en práctica. Jesús nos dice que tener la actitud y la práctica de hacer el bien, sirviendo a los demás es una fuente de felicidad. Pongámoslo en práctica y lo experimentaremos.

El “lavatorio de pies” es, por lo tanto, una gran lección de fraternidad y de servicio para con los demás. No es que se nos pida que haya que lavar los pies exactamente. Quizá alguno tenga que hacerlo en hospitales u otros centros, como lo hacía la madre Teresa de Calcuta. Se trata de una actitud: es la imitación a Jesús en algo que El pone toda la importancia, como es el mandamiento del amor.

Para Jesús es tan importante esta lección, que en ese momento, en que debe expresar una gran autoridad, declara su personalidad divina. Esto es lo que significa cuando dice: “para que creáis que YO SOY”. Esta es la fórmula que emplea sobre todo el evangelista san Juan para testimoniar que Jesús es Dios. Son las palabras que Dios le había revelado a Moisés en la zarza ardiendo. Pues El nos muestra su amor hasta morir. El sabe que va a ser entregado, El es poderoso, pero afirma que ese poder lo manifiesta en el servir a aquel que El podría juzgar y derribar. Qué diferencia con la mentalidad mundana que pone el poder en humillar y pisar a los demás. Para Jesús, y debe ser para nosotros, la grandeza está en ser servidores con libertad y amor.

Termina hoy el evangelio con otra frase importante; “Quien recibe a quien yo enviare, me recibe a mi, y el que me recibe a mi, recibe a quien me ha enviado”. Dios se abaja de manera que está en el prójimo; pero de una manera especial está en el enviado de Dios. No es fácil muchas veces saber de pronto quién es enviado de Dios, ya que hay muchos que falsamente se lo llaman a sí mismos. Jesús decía que hay muchos “lobos con piel de ovejas”. Hay quienes se dicen inspirados por el Espíritu Santo y lo que les inspira es su vanidad y deseo de gloria mundana. El verdadero enviado de Jesús debe sintonizar con Su vida, debe brillar por la humildad y por un auténtico servicio a los demás. Recibirle a él será como recibir a

Jesús, que es recibir al mismo Dios. Como muchas veces nos será muy difícil distinguir a un verdadero enviado, recibamos a todos con amor, pues en cualquier prójimo está el Señor.

#### 4ª semana de Pascua. Viernes: Jn 14, 1-6

Estamos en tiempo de Pascua, tiempo en que por la vivencia de Cristo Resucitado nos sentimos impulsados hacia la esperanza y la alegría en nuestra fe. Hoy la Iglesia nos recuerda palabras esperanzadoras de Jesús en la Última Cena. Los apóstoles estaban perturbados, llenos de angustia, porque Jesús, como humano que era, también lo estaba, aunque puesto en las manos de su Padre. El ambiente era triste y la turbación aumentó cuando Jesús predijo la traición de Judas y las negaciones de Pedro. En ese momento Jesús comienza a consolarles, como una madre puede hacerlo con sus hijos: "No se turbe vuestro corazón". Les quiere tranquilizar con una gran promesa: El se va al Padre para prepararles un lugar.

En nuestra vida encontramos muchas personas desorientadas y angustiadas por los acontecimientos y por los sinsabores de la vida. Nosotros mismos a veces nos sentimos turbados. Es necesaria la fe y la esperanza. Fe en Jesús, que es lo mismo que tener fe en Dios, que es Padre bueno, que está con nosotros. Esperanza en Jesús que ha resucitado para prepararnos un lugar en el cielo. Claro que para ir allí hay que seguir el verdadero camino. Así se lo decía Jesús a los apóstoles; pero Tomás, el hombre práctico, se vuelve a Jesús y le dice que cómo van a seguir ese verdadero camino, si no conocen cuál es el camino. La fe o creencia en Jesús no tiene porqué ser ciega y sentimental, sino que debe ser razonada: Aunque no entendamos muchas cosas, por lo menos entendemos que no lo podemos entender. El hecho es que a Jesús le agradó la pregunta, pues contestó con una de esas frases muy importantes en el evangelio: "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

El **camino** es un medio para llegar a la meta, al destino. En nuestro caso es la manera de llegar a la plenitud de la vida. Si esto nos lo dijera otra persona, sería algo falso y pretencioso. Dicho por Jesús, sabemos que es la verdad, porque es Dios igual al Padre y es Amor hacia todos nosotros.

Ser camino significa que si vivimos como Jesús vivió y si amamos como El, un día podemos llegar a la casa del Padre. Para todos los desorientados Jesús con su vida les enseña el camino. Desgraciadamente hay muchos falsos profetas que pretenden desorientar. Jesús es el único camino, el amor. Aunque luego en la práctica también podemos decir que hay muchos caminos para ir a Dios, como hay diferentes culturas o maneras de ver la vida, todas deben pasar por el sentido del servicio por amor.

Si Jesús es el camino es porque es la **verdad**. Hay mucha gente dominada por la mentira, el engaño, la corrupción. Jesús es la palabra del Padre, que quita las tinieblas del alma y nos da la luz. La verdad no se improvisa. Hay que seguir buscándola.

Y para que este camino lo podamos seguir con energías, Jesús se presenta como la **vida**. El resucitó triunfando sobre la muerte. El había dado su vida para recibirla gloriosa y para que nosotros podamos tener la vida eterna.

Esta vida, que esperamos tener en plenitud un día, ahora vamos adquiriéndola por medio de los sacramentos y por medio de la palabra de Dios, donde encontramos la verdad, que es Jesús. El, que es camino, verdad y vida, sigue a nuestro lado en nuestro caminar de cada día. Es nuestro amigo que vive con nosotros y con quien podemos conversar cuando queramos y que nos espera en el cielo.

En nuestra vida espiritual y en nuestra acción apostólica hay que desterrar todo desánimo o desconfianza o pesimismo y tristeza. Este pensamiento de poder ir un día a la casa del Padre cambia totalmente el sentido de la muerte y por lo tanto de la vida. Sólo tenemos que esforzarnos por conocer más a Jesucristo, su vida y su mensaje, para seguirle con todo nuestro corazón y vida. Esta es nuestra fe: creer en Jesús, que es creer en Dios. Ser cristiano es vivir en plenitud como hijos de Dios. Si así vivimos, seremos testigos para otros de Jesús, que es camino, verdad y vida.